

Los tiempos de la noche

Angelina Muñiz-Huberman

La creación del mundo parte de la oscuridad a la luz. La nada absoluta es inconcebible. Equivale al vacío, sin ojos ni mirada que ve ni comprende. Cuando el rayo de luz incide y se establece el ciclo luz-oscuridad, se desplaza la nada y aparece el todo absoluto.

Del mismo modo, la carencia de un lenguaje conduce a su nacimiento. La conciencia de la palabra viaja del silencio al sonido. Del claustro materno al primer grito de vida. Del caos, que lleva en sí todas las posibilidades de creación, al orden que clasifica y reduce. Así, noche y día se deslizan en términos necesarios y complementarios. No se niegan, se afirman. La primera hora del día crece de la noche.

Los días que nacen de la noche, como el *shabat*, son para marcar con bondad la creación.

La oscuridad de los orígenes desata las historias milenarias, el mito, el símbolo, la imagen, la metáfora. Los términos se multiplican: noche que ilumina, raíz de la naturaleza, reino de las tinieblas, germinación oculta, despertar del ser, fuente del conocimiento, fuente del placer. Pero también sus contrarios: signo de la muerte, fin de las cosas, principio del mal, dominio del terror, fascinación del abismo.

La noche cuenta con aliados que suelen traicionarla: la luna se manifiesta para suavizarla y las estrellas dan luz en su muerte. Los caminos

del bosque se entrecruzan en la penumbra pero aspiran a llegar al claro. Nunca hay oscuridad total.

LA NOCHE COMO ILUMINADORA

Los románticos descubrieron la noche como potencia creadora y reino de los sueños. La aventura onírica se convierte en el centro del ser y la noche en la máxima experiencia de la imaginación. Pero antes, los místicos, habían unido su anhelo de trascendencia con el silencio y la oscuridad. Y si nos remontamos más aún en los tiempos, nos encontramos con el poema de la noche por excelencia: *El cantar de los cantares*, donde amor humano y amor divino son uno solo y su búsqueda corre de la noche al día. Este patrón será repetido por los místicos españoles san Juan de la Cruz y santa Teresa de Jesús, para quienes el alma sólo puede liberarse en la noche, camino de la divinidad.

La paradoja queda establecida: la noche es la iluminadora de la pasión y de la atemporalidad en sus formas más puras. La noche promete y está a la expectativa frente al día que todo lo exhibe y comprueba.

La noche posee su propia medida, independiente de la solar. Los periodos de vigilia o las velas nocturnas para defender las antiguas ciudades

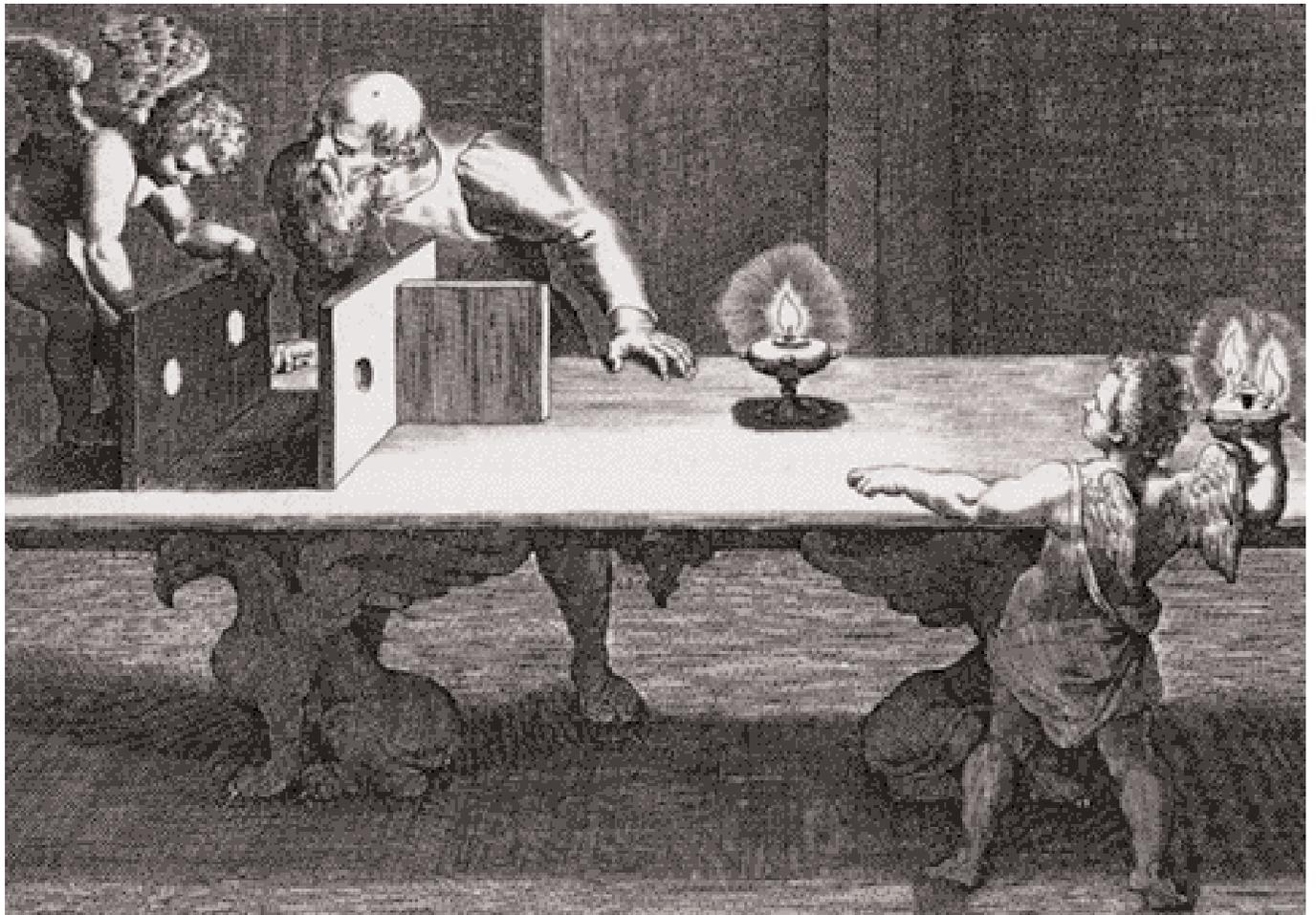
Con este ensayo participó la autora en el xxx Encuentro Internacional de Escritores, organizado por la Asociación de Escritores de Quebec y celebrado en Montreal durante el mes de abril.

han existido desde los tiempos bíblicos. Los guardianes del Templo de Jerusalén dividían la noche en tres partes para no descuidarse y caer en el sueño. Los cabalistas la dividían en cuatro partes para mejor concentrarse en los himnos místicos. Mientras que los soldados romanos solían jugar a los dados para no dormir. En la literatura castellana medieval las canciones de vela mantenían despiertos a los defensores al pie de las murallas hasta que venían sus relevos. Para todos ellos, la noche iluminaba o era iluminada.

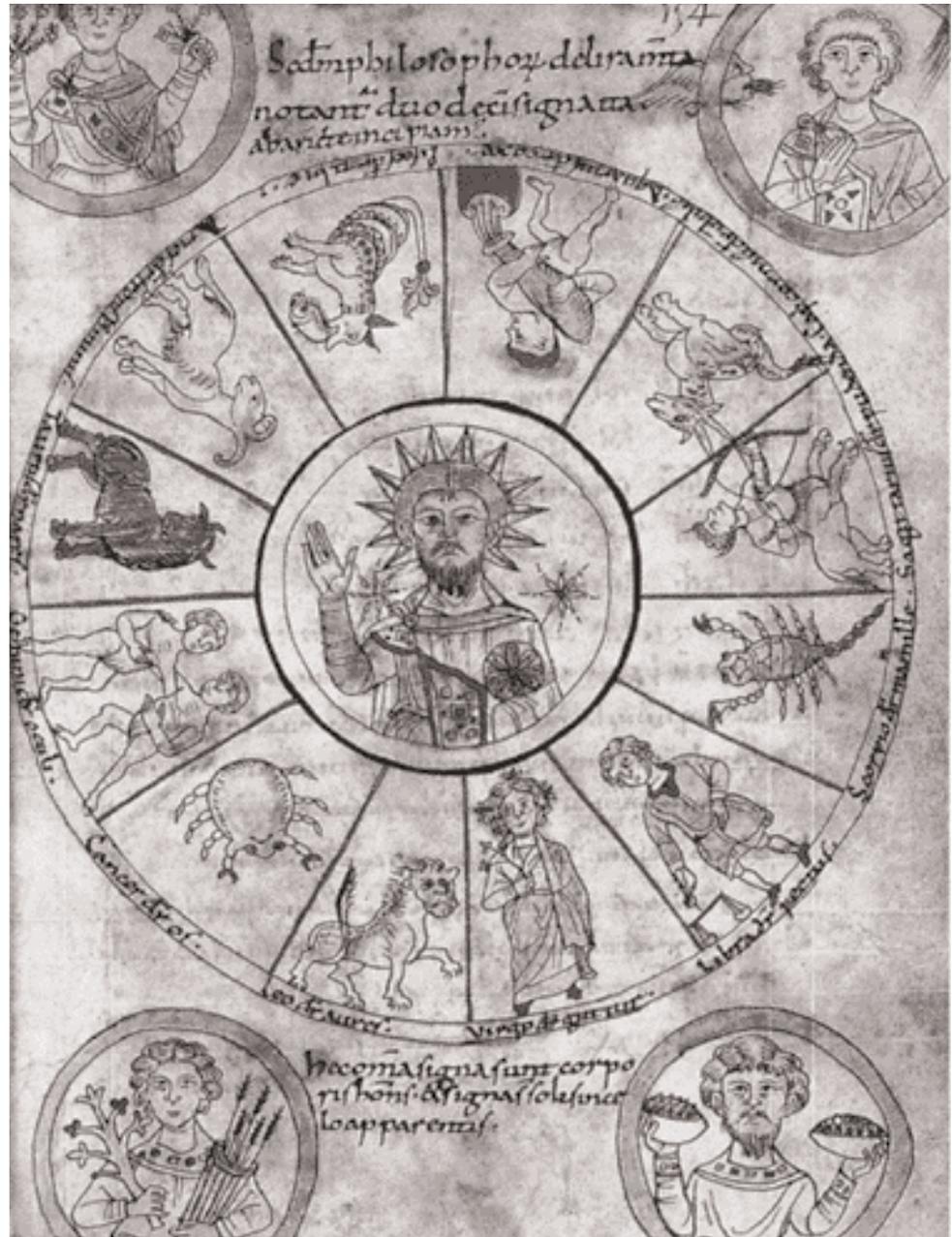
LA NOCHE Y SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ

Existe un poema en la literatura colonial mexicana dedicado a la seducción de la noche, que es el *Primero sueño* de sor Juana Inés de la Cruz

(1651–1695). En él, se sigue paso por paso el avance de la noche y los elementos que la componen. Las aves nocturnas, los mitos de la oscuridad, la deidad del silencio, los animales dormidos pagando el universal tributo en forma del sueño. “Y aun los que padecen de insomnio condenados a dormir. Y los que vigilan, el perro, y los ladrones y los amantes, todos en silencio ya. Hasta los peces, doblemente mudos, y entre ellos, Alcione, vengadora. En las cavernas más ásperas y escondidas, donde la luz no penetra, más noche es. El león y el ciervo sosegados; el águila con su despertador reloj hecho de pequeño guijarro y fiado en equilibrio a una sola pata. En dulce dormir todos los hombres vencidos, el rey y el pastor, el sayal y la púrpura. Inevitablemente, el sueño y la muerte, los grandes igualadores.” (*Huerto cerrado, huerto sellado*, p. 51)



Franciscus Aguilonius, *Óptica*, 1611



Cristo en el zodiaco, norte de Italia, siglo XI

Mas la noche es, ante todo, la fuente del conocimiento. Sor Juana se esmera por explicar las ciencias y el origen de las cosas. Medicina, matemáticas, astronomía, arquitectura y filosofía son caracterizadas y definidas. El afán de conocimiento es un sueño ilimitado, el primero de todos los sueños. “Si no se alcanza el supremo saber, si es inaccesible el pico más alto de la más alta montaña, si el precipicio no puede cruzarse, no todo

es perdido, siempre queda el despertar, la nueva luz de cada día y la promesa de otra noche dada al soñar.” (*Ibid.*)

LA NOCHE Y EL PRINCIPIO FEMENINO

Por su relación con la luna, la noche se iguala al principio femenino. Para Hesiodo era la madre

de los dioses, el origen de la vida y la creación. Cuando Perséfone, símbolo de la primavera, es secuestrada por Plutón hacia el reino de lo oscuro e infernal, provoca la ira de Deméter, su madre, que amenaza con retirar la fertilidad de la naturaleza. Otra diosa, Aurora, establece su reino de alba en alba y guarda sus fuerzas durante la noche.

La gestación ocurre en una matriz oscura, sin luz, sin sonido, encerrada en la perfección. Repite el acto único del génesis en una generosa multiplicación y asegura la continuidad de la vida. La palabra misma, noche, es femenina, frente a día, masculina. La matriz es el lugar de la materia por excelencia donde cualquier forma depende de la imaginación y de la maleabilidad. Un taller de escultor en espera de cualquier promesa que sabe que habrá de cumplirse.

LA NOCHE Y LA ALQUIMIA

En el lenguaje hermético y en la tradición alquimista, *obscurum per obscurius*, representa el profundo misterio del origen de las cosas. Nigredo es el nombre del estado inicial, la materia prima existente antes del caos: es la noche de las noches. De esa masa confusa se separan los elementos que conformarán la existencia. De ella nace el poder creativo y las formas que adopta. Por su carácter oscuro se inclinará hacia su opuesto, alcanzará el albedo o blancura y penetrará directamente en el alma de las cosas. De este modo significa la reunión del cuerpo con el alma. Es el camino hacia la unión y la fecundación, y la clave de la transmutación. Lleva en sí los elementos poéticos de la palabra en sus múltiples manifestaciones que habrán de reconocerse en la tarea de la reconstrucción armónica del universo.

La noche saturnal, entre el abismo y el despertar, oscila del espanto (Saturno–Cronos devorando a sus hijos, como en el grabado de Goya) al poder del genio (como en *La melancolía I*, de Durero). Es la “noche sagrada, inefable, misteriosa” de Novalis (*Himnos a la noche*) y su transformación en el cisne blanco de William Blake (*Jerusalén*).

La noche, atributo de los melancólicos, les imbuye a veces un poder maligno y otras la genialidad y la sabiduría.

LA NOCHE Y LOS CABALISTAS

Como todo proceso místico, la noche es el medio de los cabalistas para mejor alcanzar la revelación. Para Yosef Caro (1488–1575) el sueño es parte imprescindible de la vía mística porque aclara o explica lo que no puede ser comprendido durante la vigilia. Algunas de sus obras (*Maguid mesharim*) son verdaderos diarios de sueños, e indujo entre los discípulos de la Academia de Safed a utilizar el sueño como guía interpretativa de los sucesos vividos. Al inducir la capacidad onírica Yosef Caro proporcionó fórmulas mágicas dirigidas al Ángel de los Sueños para resolver dudas y contestar preguntas. El mensaje que se recibe es transmitido por medio de palabras escogidas con un cuidado extremo y nunca dejadas al azar. La lengua adquiere un carácter sacro–poético: “cada palabra que es emitida crea un ángel”, según Yosef Caro.

“Dentro de la fase nocturna, el símbolo de la *shejiná* o sombra de la divinidad, se traslada a la luna que, en la etapa menguante, pierde parte de su unidad, desciende de las alturas y sin luz propia vaga en el gran cosmos. El símil inmediato corresponde a la situación del hombre sin tierra que vive en oscuridad y en vacío. Alrededor de las fases lunares se establecen determinadas prácticas que unen al hombre con la naturaleza y con la esencia divina. Los símiles con el exilio son aprovechados de inmediato y el consuelo que proporcionan provee al hombre desamparado una esperanza o una razón de acopio de fuerzas.” (*Las raíces y las ramas*, p. 75) La *shejiná* como presencia mítica de lo femenino, se convierte en una sombra que acompaña en el exilio y protege desde la noche.

LA AURORA DE LA NOCHE

La frontera entre la oscuridad y la luz, el momento sin medida que indica el fin de la noche es la aurora. La adquisición del más leve tono de color, “rosicler” como lo llamó el poeta Góngora, es el paso de la noche que se afirma en su despertar. Es la idea de que las tinieblas han sido vencidas y de que una nueva batalla comienza: la del despertar de la conciencia y a la vista de las cosas saber reconocerlas. El golpe de luz deslum-

bra y, durante el resto del día, la añoranza de la noche se posterga.

En el primer rayo de la aurora, tan cercano a su negación, yace el deseo de una nueva vida. Luego de una noche que pudo ser la última y la muerte de todas las cosas, afirmar la vida es un desafío. El resto del día anunciado por la aurora es apenas la esperanza de que la noche sea de nuevo el paso, la transición de la luz a la luz. La aurora no es otra cosa sino la memoria recuperada. Aquello que en sueños y en la noche se dudó de su existencia

cobra la realidad de otro sueño, esta vez iluminado. La noche se reafirma en su aurora.

LA VIDA ES SUEÑO

Tal es el título de la más famosa obra de Calderón de la Barca. Obra de penumbra, de límite entre luz y oscuridad. El personaje, Segismundo, no reconoce la diferencia entre sueño y vigilia. Peor aún: invierte los términos y atribuye a la oscuridad la vida real y a la luz el engaño de los sentidos. Su vida en la caverna a la que ha sido condenado desde su nacimiento le inclina a la reflexión y al desarrollo de la memoria. Cuando es conducido a la luz y al esplendor de un palacio, para él es un sueño y anhela regresar a su conocido espacio oscuro. Más tarde, cuando por fin sale del engaño, no dejará de afirmar como su lema que la vida es sueño. La adquisición de una filosofía del escepticismo será su guía a partir de ese momento.

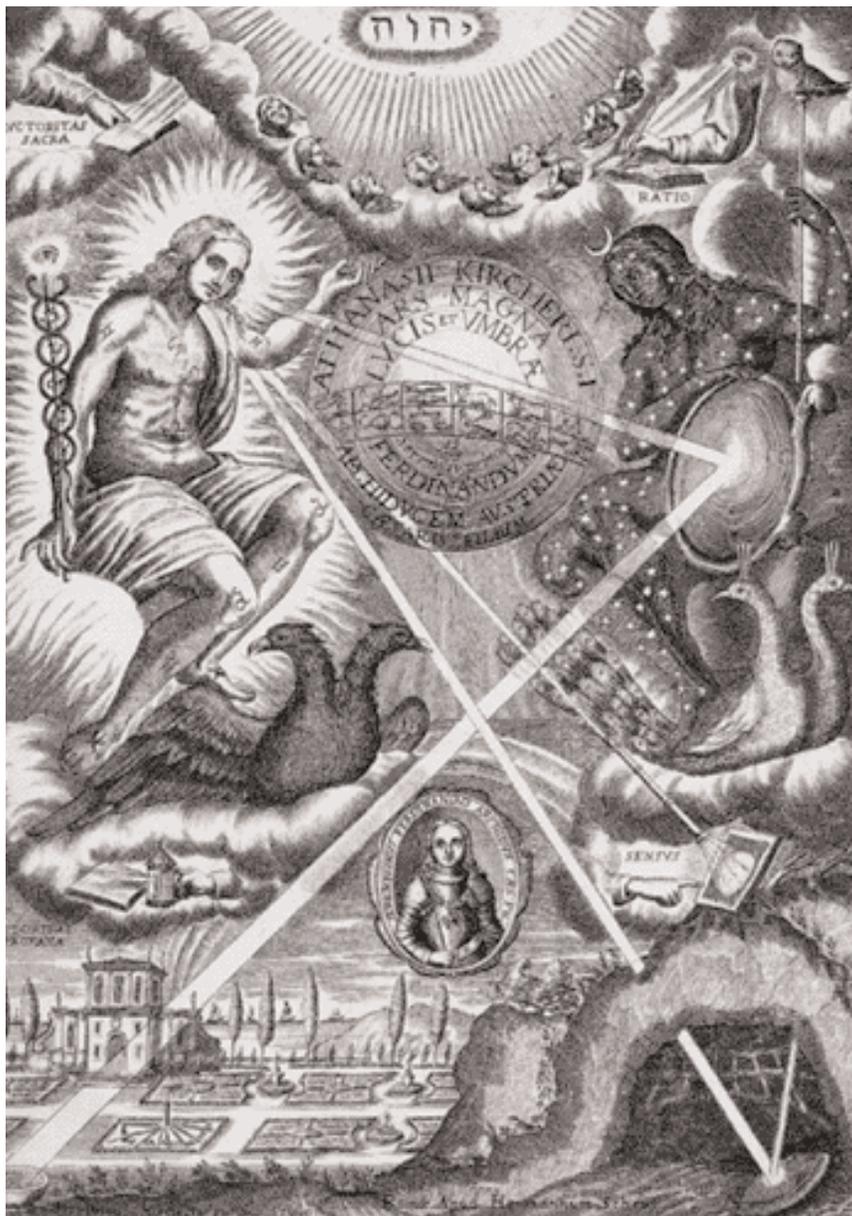
NOCHE, SUEÑOS Y CREACIÓN

Como escritora, la noche es el momento preferido por excelencia. Luego de un breve periodo de sueño, despierto para escribir en estado de lucidez:

“Aprovecho muy bien la noche. Aunque me duermo temprano, esto me sirve para despertarme en la madrugada, entre dos y cuatro. La mejor hora de escribir.

“Es la hora del terror también. De las sombras. De los ruidos. De las obsesiones. Mi sentido auditivo está muy desarrollado. Oigo a través de las paredes. O de piso a piso. Lo que pasa en la calle. La lluvia menuda. Pasos. Voces. Llantos. Risas nerviosas. El jadear del amor. Las camas que crujen.

“Mi propia casa y mi propio cuarto se pueblan de sonidos. Escuchados. E inventados. He llegado a sentirme el fantasma de mi casa. Pero más que nada, es la hora de los sueños. Me despierto con un sueño que acaba de suceder. Y, de inmediato, lo transcribo a mi *Somnario*. Después, estos sueños se convertirán en materia literaria. La noche propicia y exalta la creación. La mente está fresca: la lucidez de la oscuridad y del silencio desatan las palabras sobre tabla rasa.” (*De cuerpo entero*, pp. 42–43) ①



A. Kircher, *Ars magna lvcis*, Roma, 1665